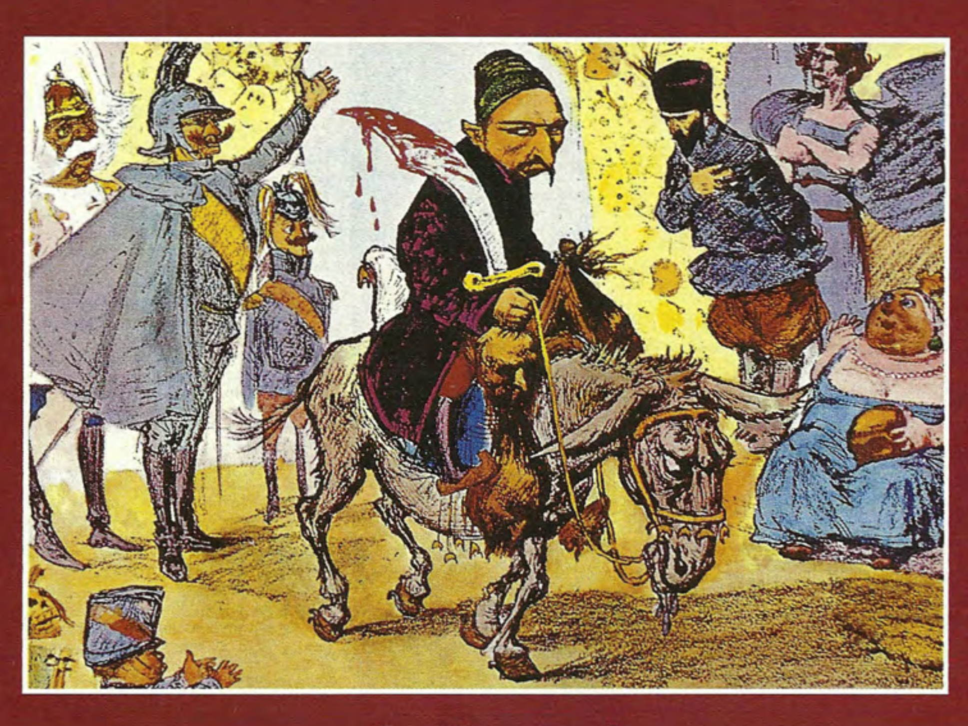
CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

14



El reparto del Asia otomana

Carmen Ruiz

Historia 16

295 ptas

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION: Rufino González, 34 bis.
28037 Madrid. Teléfonos: 586 32 01-05-06.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41.
28037 Madrid. Teléfonos: 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis.
Teléfono: 586 31 00. 28034 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-27.452-1993

CUADERNOS DEL

MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

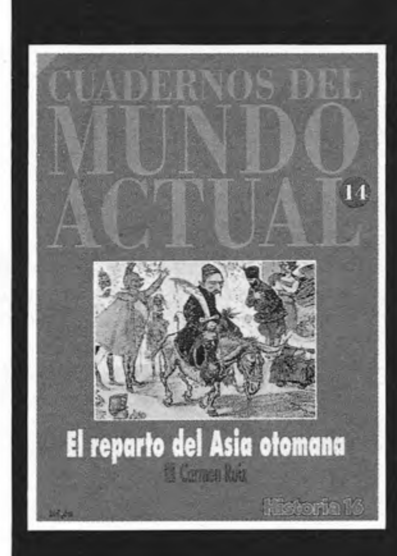
Universidad Complutense

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

El reparto del Asia otomana

Carmen Ruiz Bravo-Villasante



Así veían los europeos a Abdülhamit: un bárbaro sediento de sangre, taimado y siniestro



Abdülhamit (1876-1909) en una caricatura de la prensa europea de la época, que veía en él a un personaje ridículo y sangriento (arriba). Tipos turcos en la terraza de un café (postal de comienzos de este siglo)

El reparto del Asia otomana

Carmen Ruiz Bravo-Villasante
Profesora titular de Estudios Arabes e Islámicos
Universidad Autónoma de Madrid

En 1907, Blasco Ibáñez se despedía de Constantinopla, la actual Estambul, presintiendo los drásticos e inmediatos cambios que iban a suceder en la historia del Imperio Otomano: *Por interesante que sea lo futuro, no llegará a serlo tanto como el presente. La Europa occidental, con sus ciudades cómodas y uniformes, seguramente no puede borrar el recuerdo de esta aglomeración de razas, lenguas, colores, libertades inauditas y despotismos irresistibles, que ofrece la metrópoli del Bósforo (Oriente).*

La capital del Imperio era un espejo de su conjunto, un Estado islámico que abarcaba, todavía en el siglo XIX, extensos territorios en el norte de Africa, en las costas de Arabia, las del Caspio y el Mar Negro, los Balcanes, y prácticamente todo el Próximo Oriente desde el Mediterráneo hasta la frontera con el Irán, a más de su territorio central: la península de Anatolia.

Sin embargo, este Imperio o Estado se estaba desintegrando y desarticulando desde el siglo XVII, perdiendo poco a poco la cohesión entre sus partes, la fuerza del conjunto, la organización que lo caracterizó en los siglos anteriores y le permitió ser el último de los imperios mediterráneo-asiáticos. Mientras el Imperio otomano establecía alianzas cambiantes con los principales Estados del continente europeo, y éstos se vigilaban unos a otros para evitar el dominio de cualquiera de ellos —el Imperio Austrohúngaro, Alemania, Francia, el Imperio Ruso—, se iba forjando la fuerza económica, militar y política de Inglaterra y de los Estados Unidos, y el ritmo de los intercambios oceánicos dejaba el Imperio afro-euro-asiático de los otomanos en una especie de cerco, hasta su caída final, entre 1908 y 1924. Y el reparto de su herencia.

La decadencia del Mediterráneo desde el siglo XVII

El Imperio Otomano (h. 1365-1924) fue una gran potencia en el Mediterráneo hasta comienzos del siglo XVII. Entonces empieza su lento y progresivo debilitamiento, debido sobre todo al auge que toma el comercio atlántico y al proyecto de economía mundial que diseñan y siguen los países nórdicos dueños de las rutas atlánticas. A ellos se suman luego, cada vez con más fuerza, los Estados Unidos de América del Norte. El historiador francés Fernand Braudel resume la situación de este mar con claridad: *El Mediterráneo vuelve a convertirse, como era ló-*

gico suponer tras los Grandes Descubrimientos, en un espacio secundario, y permanecerá como tal a partir de entonces. Y añade, comentando a Richard T. Rapp, que sólo esto no explica la gran decadencia de los países del área mediterránea, esa que afectó incluso a España y a su Imperio, y que hacía que el metal americano fuese controlado en Amsterdam, en realidad: *Lo que nos demuestra es que el mundo mediterráneo, a partir de los años 1570, fue hostigado, atropellado y saqueado por navíos y mercaderes nórdicos, y que éstos no construyeron su primera fortuna gracias a las Compañías de Indias o a sus aventuras por los siete mares del mundo. Se volcaron sobre las riquezas existentes en el mar interior y se apoderaron de ellas empleando todos los medios, mejores o peores. Inundaron el Mediterráneo de productos baratos, a menudo mercancías de mala calidad pero que imitaban a conciencia los excelentes tejidos del Sur, adornándolos incluso con sellos venecianos universalmente famosos a fin de venderlos con este «label» en los mercados ordinarios de Venecia. A causa de esto la industria mediterránea perdía simultáneamente su clientela y su reputación.*

El Imperio Otomano era un Estado que gobernaba a creyentes y no creyentes, y que a todos les otorgaba la nacionalidad

Por eso, la historiografía que analiza la batalla de Lepanto (1571), en que la flota otomana sufrió una importante derrota, como un motivo de satisfacción para Europa, actualmente reconsidera todas las implicaciones que el debilitamiento de las principales fuerzas mediterráneas tenía para el conjunto de ellas, a la luz de lo antes señalado.

La gran expansión otomana, por el Danubio, el Mar Negro y el Cáucaso, y por los países árabes, se produce a lo largo del siglo XVI, ampliándose en el XVII por territorios iraníes.

Las concepciones y prácticas del comercio eran muy distintas, ya en el siglo XVII, entre el Imperio Otomano y los países mercantilistas. En el primero se recibían los productos extranjeros con satisfacción y se procuraba no exportar lo propio, sino mantenerlo para consumo dentro del Estado. Se trataba de conservar lo que se tenía dentro, de mantener estable el sistema de artesanía, agricultura, con sus gremios y grupos, y se favorecía a los comerciantes y mercaderes extranjeros mediante licencias y facilidades, que podrán ser retiradas cuando sus productos no interesaban, como oportunamente se ha señalado al estudiar el impacto turco en el desarrollo de la Europa moderna. En general, la actitud otomana respecto a los comerciantes extranjeros era sumamente abierta y liberal, como la de ningún otro Estado en el mundo.

Las capitulaciones y la protección a las minorías: comienza el reparto

Lo que había sido política comercial controlada por el Estado otomano se convierte en una situación de creciente dependencia económico-político-social desde 1774. La paz de Küchük Kainardyi imponía inusitadas condiciones al Imperio tras la derrota de éste ante los rusos: los zares adquirían el derecho de proteger a la Iglesia ortodoxa en el territorio del Imperio Otomano. Tras la siguiente guerra, en 1806, la protección a la Iglesia ortodoxa se convirtió en protección a los cristianos ortodoxos.

El término *protección* debe ser entendido en el contexto político en que se produce. No se trata de un término vago, de implicaciones espirituales, culturales, ni una actitud de reacción ante posibles injusticias o peligros. Se trata de eliminar uno de los fundamentos del Estado otomano, de su constitución como Estado islámico. En el Estado islámico que es el otomano, los no musulmanes son súbditos del Estado, y están *bajo la protección* de éste, precisamente teniendo en cuenta su carácter minoritario. El Estado confesional islámico es, en este sentido, un Estado para musulmanes y no musulmanes. Y el Imperio Otomano era así un Estado que gobernaba a creyentes y no creyentes, y que a todos ellos les otorgaba la nacionalidad otomana.

La sustracción de los cristianos ortodoxos a la *protección* otomana era una forma de atacar al Estado en sus mismos fundamen-



Vista de Estambul desde Gálata. En primer término, la entrada del Cuerno de Oro (dibujo del siglo XIX)

tos políticos. Si, además, tenemos en cuenta que gran parte de los cristianos se dedicaban tradicionalmente al comercio con Europa, podemos ver que el sistema de licencias comerciales desaparecía, sustituido por las llamadas *capitulaciones*, es decir, el reconocimiento a las potencias europeas de derechos indefinidos temporalmente, en el plano político-comercial-confesional.

Comienza aquí una etapa de desarticulación del Imperio, de penetración confesional-político-comercial europea, de ambiciones ilimitadas, como el propio mercantilismo. Este es el régimen *moderno* que rige las relaciones internacionales con el Imperio Otomano.

Las pretensiones *proteccionistas*, en el sentido señalado, venían de Estados en los cuales la pluralidad religiosa era prácticamente desconocida, o había sido desarraigada por métodos generalmente violentos. La ideología que sustentaba sus reclamaciones de *protección* a los cristianos del Imperio Otomano —los otomanos cristianos— era una proyección de sus propias actitudes negativas ante las gentes de distinta confesión religiosa. En esta época se fomenta, por parte de los Estados europeos, la idea de que Estado otomano, y en general los estados islámicos, dejan fuera de la ciudadanía a los no musulmanes, como si se tratara una especie de elemento apátrida inserto en el conjunto, o como si fueran extranjeros.

Así, el zar Nicolás I de Rusia intentó extender los *derechos de protección* a todos los cristianos, ortodoxos o no, del Imperio, de las zonas danubianas o de cualesquiera otras.

Muy pronto desarrollaron una política semejante otras potencias. Francia por ejemplo, se presentaba desde el siglo XVIII como protectora de los católicos, y Gran Bretaña y los Estados Unidos lo hacían como protectoras de los protestantes. Los drusos, según Gran Bretaña, en especial situación de inferioridad, entre la mayoría de musulmanes, y los cristianos, debían ser protegidos por los británicos. Los judíos, que en el Imperio Ruso eran perseguidos, quizá no podían ser protegidos en el Imperio Otomano por los zares, según estas teorías. En cambio, pese a que los judíos otomanos —los otomanos judíos— gozaban de mayor consideración en el Estado islámico que en cualquier Estado europeo, sin haber sido objeto de persecuciones o expulsiones, fueron poco a poco objeto de interés de la *protección* combinada de Gran Bretaña, Rusia, Francia y los Estados Unidos.

Muchos de los judíos otomanos ocupaban, como los cristianos, importantes puestos en la Administración, y tenían las rien-

das de los contactos directos con los importadores europeos.

La *protección* se combinaba con las *capitulaciones,* que en turco y en árabe se llamaron *imtiyâzât,* es decir, *privilegios* o *prerrogativas.* Consistían en que los comerciantes, traductores, ayudantes diversos, de nacionalidad otomana (cristianos, judíos, y a veces musulmanes) que trabajaban con o para los europeos podían ser juzgados según las leyes de éstos, y no según las leyes otomanas. A tal efecto se constituyeron tribunales especiales, en el Imperio Otomano, tanto en cuestiones económicas como en las criminales u otras. Y estos tribunales, que juzgaban sobre propiedades, actos, sucesos que pertenecían al ámbito estatal otomano, podían llegar a estar constituidos únicamente por abogados y jueces extranjeros. En otras ocasiones, si el juicio afectaba a ciudadanos *protegidos* por europeos, y a ciudadanos que no entraban dentro de dicho ámbito de protección, se formaban tribunales mixtos.

La desarticulación político-social introducida mediante estas capitulaciones es una de las causas de la caída del Imperio Otomano. Desde su introducción fue en aumento el número de súbditos otomanos que se acogía a la *protección* extranjera, eludiendo así obligaciones impositivas y responsabilidades ante el Estado otomano, y participando de los beneficios económicos generados por el mercantilismo europeo en Oriente. Siendo la mayor parte de estos intermediarios comerciales, burocráticos y políticos, no musulmanes, entonces sí empezó a crearse una relación de hostilidad por parte de los otomanos musulmanes de las capas más débiles hacia estos compatriotas que gozaban de privilegios dentro del Imperio. Los fuertes choques habidos entre musulmanes, drusos y cristianos desde el siglo XIX aparecen como un fenómeno sin precedentes en la historia otomana, y son más bien el resultado del régimen de capitulaciones.

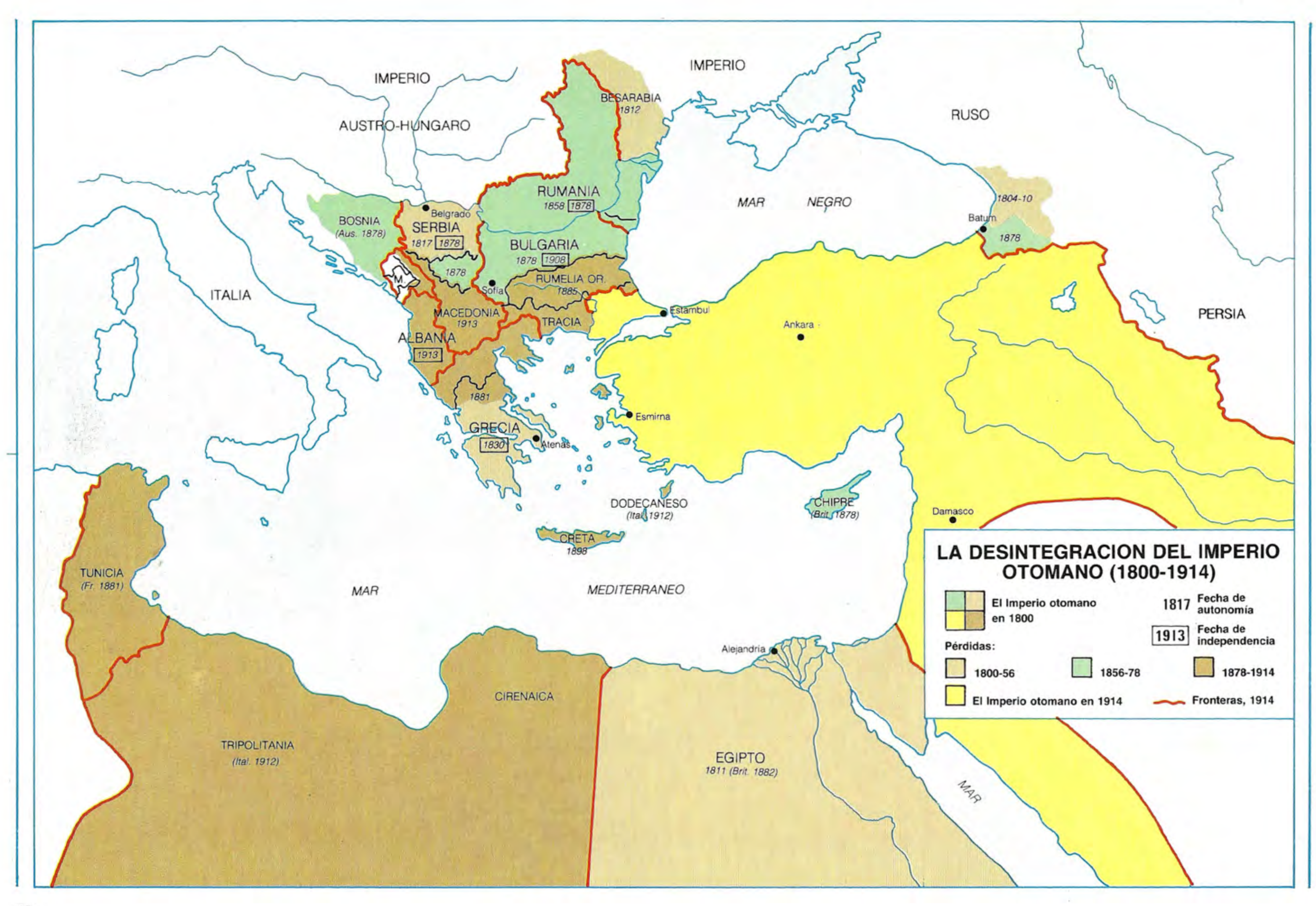
La historiografía contemporánea y posterior, desarrollada predominantemente bajo la ideología europea colonial, ha tendido en convertir en causa lo que, en términos histórico-cronológicos, era un efecto. Así, el conjunto de los enfrentamientos entre cristianos, musulmanes y drusos, dentro del Líbano y Siria, entre 1840 y 1860, fue presentado en Europa como una guerra de religión, de ancestrales motivaciones, que justificaría la intervención armada de Francia y otras potencias europeas, para proteger a los cristianos, o a los drusos, o para ponerles de acuerdo. En cambio, una historiografía más atenta al desarrollo real de los hechos muestra los conflictos antes señalados como resultante, principalmente, de la intervención extranjera en la sociedad mediante el sistema de capitulaciones, que se extiende desde el último cuarto del siglo XVIII.

Las reformas eran aprovechadas por el Sultán y algunos grupos de su confianza para cambiar unos cargos por otros, licenciando de esta manera a los viejos militares y burócratas

Por otro lado, algunas zonas del Imperio Otomano, limítrofes con el Imperio Ruso o con el Austrohúngaro, y con mayoría de población cristiana, aprovecharon estas circunstancias para desarrollar sus reclamaciones autonómicas o independentistas con respecto al poder central. Pero estas reclamaciones se daban también en las provincias árabes, aunque su población fuera mayoritariamente musulmana. Cedían y colaboraban con el poder central de Constantinopla, a veces, cuando se reconocían las autoridades de los príncipes y señores balcánicos, o los notables de los territorios árabes, o cuando se realizaban obras públicas e inversiones, o cuando el ejército otomano vencía a los ejércitos extranjeros y, así, aseguraba la estabilidad del modo de vida de agricultores y artesanos, sin agobiarles con impuestos destinados a sufragar, desproporcionadamente, al estamento militar o burocrático.

Los dos «Estados» dentro del Estado otomano: funcionarios y contribuyentes

El Estado otomano ha sido uno de los Estados pre-mercantilistas mejor organizado desde el punto de vista de la claridad de su



IMPERIO
AUSTRO-HUNGARO
IMPERIO
RUSO
BESARABIA
1812
RUMANIA
1858 1878
MAR
NEGRO
1804-10
Batum
1878
BOSNIA
(Aus. 1878)
Belgrado
SERBIA
1817 1878
1878
BULGARIA
1878 1908
RUMELIA OR.
1885
M
Sofia
ITALIA
MACEDONIA
1913
ALBANIA
1913
TRACIA
Estambul
Ankara
PERSIA
1881
Esmirna
GRECIA
1830
Atenas
DODECANESO
(Ital. 1912)
CHIPRE
(Brit. 1878)
Damasco
CRETA
1898
TUNICIA
(Fr. 1881)
MAR
MEDITERRANEO
Alejandría
CIRENAICA
TRIPOLITANIA
(Ital. 1912)
EGIPTO
1811 (Brit. 1882)
MAR
LA DESINTEGRACION DEL IMPERIO OTOMANO (1800-1914)
El Imperio otomano en 1800
1817 Fecha de autonomía
1913 Fecha de independencia
Pérdidas:
1800-56
1856-78
1878-1914
El Imperio otomano en 1914
Fronteras, 1914

estructura, responsabilidades y atribuciones de cada cual. En general, los contribuyentes al Estado mediante aportaciones materiales eran los trabajadores del campo —agricultores, ganaderos— junto con sus artesanos y comerciantes. El resto de la población estaba integrado por los funcionarios, parte de los cuales recibía su sueldo directamente de la Administración central, y otra parte la recibía directamente en el propio territorio provincial, donde se cobraban los impuestos y ya se descontaban los sueldos antes de enviarse a la capital. Existía también un cierto número de profesores o gentes de religión que, en lugar de ser funcionarios, dependían económicamente de los sueldos o ayudas generados por la población directamente, individualmente o a través de algunas asociaciones o fundaciones —culturales o de beneficencia— de entidad muy local, frecuentemente resultantes de donaciones en vida, de personas acomodadas, o bien dejadas como herencia a una población, a través del sistema de gestión local de bienes benéfico-religiosos.

Al establecerse las capitulaciones, buen número de comerciantes escapó, de hecho, al sistema otomano y lo desequilibró profundamente. Al tiempo que se enriquecían, hicieron que la carga de impuestos sobre los demás aumentara. Mientras, la maquinaria administrativa del Estado continuaba actuando, acometiendo reformas modernizadoras en el ejército, las oficinas, las escuelas, y algunos puntos privilegiados —los puertos, las grandes ciudades y centros administrativos.

Si la Administración otomana, con su enorme carga de funcionarios, subsistió durante tanto tiempo, probablemente se debía a que estaba abierta en general a los súbditos otomanos, que podían aspirar a ocupar puestos en sus distintas modalidades: militar, burocrática, de enseñanza, religiosa, jurídica, y de poder político. Si cada familia podía tener algún miembro funcionario, y si el Estado cumplía sus compromisos con regularidad —de hecho, así solía suceder—, el reparto de cargas, atribuciones, ingresos y gastos acababa resultando internamente soportable.

Por todas partes proliferaban grupos clandestinos y tomaban carácter político las conversaciones que tenían lugar en reuniones y tertulias de todo tipo en calles y casas

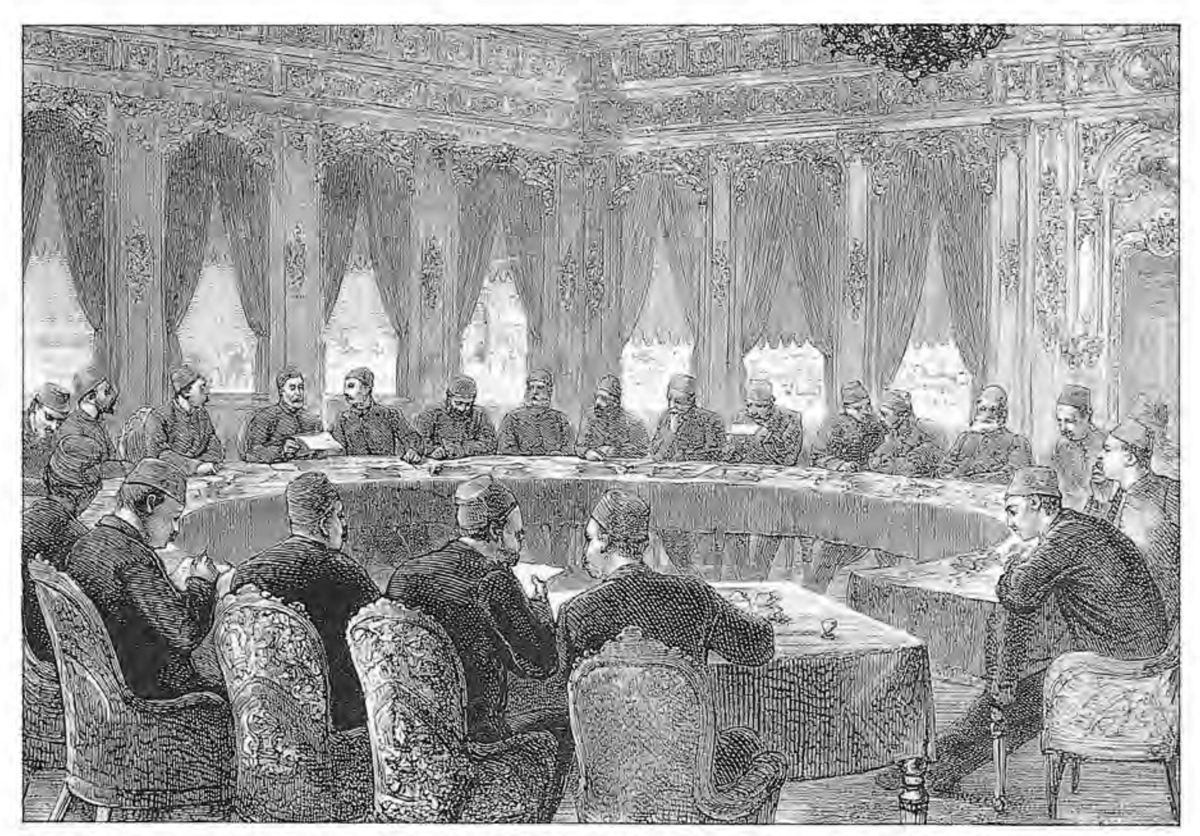
Las reformas o tanzîmât otomanas

El XIX otomano es descrito como un siglo de reformas, o de reorganizaciones. Se suele afirmar que las reformas se debieron, en gran parte, a la influencia de varios países europeos, al modelo de su organización parlamentaria, sistema de sus ejércitos nacionales, equidad de sus constituciones y desarrollo técnico-científico. Todo ello influyó, ciertamente, en la actitud de la población y de las autoridades otomanas, que reconocían la necesidad de reorganizarse para recuperar la prosperidad y el poder perdidos, y también para avanzar cultural y socialmente.

Pero las reformas emprendidas *desde el poder*, con apoyo de los súbditos, en una línea de despotismo ilustrado, se realizaban ante la alarma provocada por el régimen de capitulaciones y la creciente tendencia de la población a insertarse en los sectores de privilegiados, con vínculos cada vez más débiles con el resto de la ciudadanía.

Las reformas que igualan cada vez más a no musulmanes con musulmanes, a hombres y mujeres, y que sustraen porciones de autoridad excesiva a los dirigentes de cada sector, se van realizando a lo largo del siglo XIX. Se autoriza a los no musulmanes a formar parte del ejército, de manera voluntaria; se van suprimiendo las diferencias indumentarias que, más que una costumbre, resultaban ya una imposición; al lado de las legislaciones religiosas —islámica y de otras confesiones— que regían las relaciones familiares, herencias y algunas facetas de la educación, se desarrolla la legislación civil general, como ya empezó a hacerlo en el siglo XVI Solimán *El Magnífico* (Solimán *el Legislador*, para los otomanos).

Pero, ¿cómo establecer, entonces, una nivelación social sin tocar el sistema de *capitulaciones?* Este fue el imposible proceso de moderni-



Reunión de ministros turcos en Constantinopla (grabado de* La Ilustración Española y Americana, *1876)

zación emprendido en el Imperio Otomano: las minorías no musulmanas, secularmente situadas en un segundo plano (con las habituales excepciones de sus clases altas), pasaban ahora a una situación de privilegio. Al menos, así interpretaban los musulmanes campesinos, artesanos, ganaderos, y en general las gentes que más soportaban la crisis económica, muchas de las reformas. El descontento popular ante la situación del Estado y la política imperante iba en aumento. Las reformas eran, frecuentemente, aprovechadas por el Sultán y algunos grupos e individuos para cambiar unos cargos por otros, licenciando a los viejos militares y burócratas, y sustituyéndolos por gentes formadas en academias y liceos de nuevo cuño.

La política de reformas tenía distintas prioridades para unos y otros: para el Sultán, era fundamental reforzar y renovar el ejército, contrarrestar los avances de las flotas de otros países. Y para ello buscaron la ayuda técnica de Alemania. Para los grupos intelectuales, era prioritario mantener las constituciones, luchar contra los despotismos locales y centrales, elevar el nivel de la cultura, crear partidos políticos y contar con unas poblaciones concienciadas. Convencidos de que la cultura podría acabar con el despotismo, muchos de los burócratas y funcionarios judiciales, profesores, gentes de religión, formaban causa común contra un despotismo intolerante, insensible a los problemas culturales, a las exigencias de libertad intelectual y personal. Aquí, los intelectuales combatían el predominio de algunas de las *gentes de religión,* y la confusión de autoridad religiosa, intelectual y material que ejercían las iglesias o las autoridades religiosas islámicas.

La aparición de algunos militares dispuestos a defender la autonomía y ciertas reformas en las provincias, a cambio de convertirse ellos en sus *virreyes,* les hizo propulsar el constitucionalismo en la Corte y el reformismo en toda la sociedad, así como permitir el desarrollo de partidos y sociedades políticas, más o menos secretas.

El CUP (Comité de Unión y Progreso) y el ascenso de una nueva elite

En las reformas del siglo XIX relativas a la

organización político-administrativa global del Estado era manifiesta la voluntad de centralización del Gobierno. Los poderes europeos de su entorno eran también estados fuertemente centralizados o en vías de re-centralización.

Mientras muchos podían interpretar como un progreso las reformas que igualaban entre sí a musulmanes y no musulmanes en el conjunto de la población, los *aayán* o notables, musulmanes y no musulmanes, adivinaban que el nuevo sistema acabaría con sus prerrogativas. Estas consistían en un disfrute de la tierra en términos directos, pues recibían una parte de su producción, a cambio de colaborar en el envío de otra, o de sus ingresos, a la Administración central, y de contribuir al orden en esas tierras. La propiedad, en principio, no era casi nunca suya, sino una especie de largo usufructo temporal personal o generacional, concedido por el Sultán. Eran señores feudales en cierto sentido, pero la autoridad central estaba por encima de ellos y regulaba la proporción de ingresos que podían tener, y lo que correspondía a sus gentes.

Estas tierras o dominios, que hasta el siglo XVI realmente habían funcionado en régimen auténtico de usufructo, poco a poco se habían convertido en una especie de propiedad. En 1831 se abolió el sistema de propiedad estatal de tierras, consolidando a sus actuales señores sobre ellas. Pero en la memoria colectiva popular, civil y militar, esas tierras habían sido abusivamente otorgadas a los señores. Era fácil para el Sultán, por consiguiente, acercarse a los sentimientos populares con medidas centralizadoras que reinstaurasen la autoridad sobre estos señores locales.

El paso de la clandestinidad al Parlamento fue muy rápido y creó disgustos y protestas entre los diputados árabes que se consideraban en minoría

Las clases medias —comerciantes, intelectuales, agricultores— emergentes se dividían al respecto. Unos apoyaban la centralización, pensando que favorecía al Estado en su conjunto, y a los más débiles, también, tener fuertes autoridades estatales. Y otros creían que sería posible crear una clase social intermedia, fuerte económicamente, no autoritaria, con aspiraciones de mando político, abierta a gentes que no pertenecieran a los linajes tradicionalmente dominantes. En esta situación, confluyeron los intereses y puntos de vista de muchos que, tanto si eran favorables a la centralización del gobierno, como si eran partidarios de su descentralización, se oponían a un centralismo autoritario, basado en los intereses, expectativas o preocupaciones de ciertos grupos privilegiados tradicionalmente, de la Corte, de los miembros de la dinastía otomana, de una Turquía antepuesta a las demás provincias, o de cada provincia.

En este ambiente, el ejemplo de Egipto —donde Mehmet Alí (Muhammad Alí) que gobernó de 1804 a 1849 como *virrey*, se había convertido en un primer modelo de déspota ilustrado, removiendo gran parte de las estructuras tradicionales— había resultado decisivo. Más tarde, la fortaleza de Egipto tras la construcción del canal de Suez —inaugurado en 1869— hizo pensar en la posibilidad de un Estado otomano, federal o de varios países separados e interrelacionados, que tomaran las riendas de un comercio emprendedor y llevaran sus beneficios al país, en un sentimiento de lealtad nacional más fuerte que el de sus vínculos con los extranjeros. Este viento de nacionalismo, otomanista, o balcánico, o árabe, o por países, confió en la posibilidad de que la burguesía en formación, libre, rica y poderosa, fuese nacionalista e hiciera revertir sus beneficios en la colectividad. Sobre esos supuestos y esperanzas, que en parte se cumplieron y en parte se vieron frustrados, estaban basados los idearios de ciertos grupos políticos en todas las provincias.

Uno de ellos, quizá el mejor estudiado y el más influyente, por estar arraigado en muchos puntos del Imperio y contar con el apoyo de grupos sociales muy diversos, fue el *Comité de Unión y Progreso (CUP)*, constituido en 1907 por la unión entre los *Jóvenes Otomanos*, que otros llamaban *Jóvenes Turcos*, grupo reformista secreto fundado en 1865, y la *Sociedad Otomana de Libertad*, creada en 1906, también clandestinamente. A la primera de estas asociaciones perteneció Midhat Pachá, quien propulsó una prime-



Caricatura del emperador Francisco José arrancando Bosnia-Herzegobina al Imperio Otomano mientras el príncipe Fernando declara la independencia de Bulgaria. Abdülhamit asiste, impotente, al desmembramiento

ra Constitución otomana en 1876, desde su cargo de ministro. Esta Constitución o Ley fundamental —23 de diciembre de 1876— había generado un Parlamento, que fue disuelto en febrero de 1878. Ambos estuvieron durante 30 años pendientes de reactivación, mientras el Sultán gobernaba autocráticamente, ante el creciente descontento de los diputados.

La actuación política, por medio de partidos o asociaciones, estaba prohibida. Sin embargo, por todas partes proliferaban grupos clandestinos, y tomaban carácter político las conversaciones que tenían lugar en las reuniones y tertulias. Estas eran una costumbre arraigadísima: a una hora determinada, preferentemente por la tarde, se daban cita en alguna casa los amigos o vecinos, en reuniones abiertas a cuantos tuvieran algún conocido o se dieran a conocer.

También las mujeres se reunían a diario, comentando todo lo que oían a los hom-

bres, por quienes les llegaban casi siempre las noticias del exterior.

Pero la policía, los espías, los delatores, estaban por todas partes, ya que el Sultán quería controlar la actividad política en sus posesiones, temiendo golpes de Estado, o el ascenso de algún pretendiente otomano rival. Abdülhamit (1876-1909) fue en esto tan implacable y despótico, como en otros aspectos clarividente. Su apariencia física, caricaturizada por la prensa extranjera, le hacía aparecer ridículo como estadista —cosa no cierta—, y sanguinario, hasta referirse a él como *el Sultán rojo.*

Una cuestión que creó desconfianza hacia la política de los Jóvenes Turcos en las provincias árabes fue su actitud sobre la inmigración judía

Una de estas asociaciones, de estructura masónica, fue el citado Comité de Unión y Progreso. Formaban parte de él civiles y militares, de las distintas provincias —turcas, balcánicas, árabes— y grupos, y su ideario era en líneas generales una mezcla de revolucionarismo francés y de liberalismo. En 1908 esta asociación saltó a primer plano cuando Enver y Talaat, dos jóvenes oficiales, resistieron en Salónica a las fuerzas que venían a detener al primero, quien había huido ante el temor de que su adscripción política hubiera sido descubierta. Aquello se convirtió en una sublevación que cada vez ganaba más adeptos, y que se iba a convertir en un golpe de Estado militar.

La Constitución otomana de 1908

El 24 de julio de 1908 el Sultán otorgó la Constitución, devolviendo a sus súbditos algo que les había sustraído años atrás, cuando abolió el Parlamento (1878). En este año de 1908 la legalización de la libertad de expresión, reunión y publicación provocó el entusiasmo y la aparición a la luz pública de periódicos, nuevas escuelas, libros y revistas, grupos y asociaciones ya existentes o nuevos. Uno de ellos, por ejemplo, se llamaba *Fraternidad árabe-otomana.* En Europa, a los miembros del *Comité de Unión y Progreso* se le empezó a llamar *Jóvenes Turcos* por sus antecedentes del XIX, y porque el término *turco* era la forma corriente de referirse al Imperio y a sus habitantes. Incluso sus emigrantes sirios, libaneses, o palestinos, eran llamados *turcos* en las dos Américas, a donde tantos habían marchado.

Se eligió el nuevo Parlamento otomano, de 288 miembros, dando preferencia, en la confección del sistema electoral y en sus resultados, a diputados de las provincias turcas o a turcos nombrados por la Administración central en las demás provincias. El paso de la clandestinidad al Parlamento fue muy rápido y creó disgustos y protestas entre los diputados árabes, que se consideraban injustamente en minoría. Poco a poco, se iba percibiendo que el Parlamento tendía a favorecer los intereses turcos, en el sentido geográfico estricto del término. Para acabar de enfrentar a unos con otros bastaba con que sucediera algo que se venía también preparando: que adquiriera una cierta fuerza el *panturanismo* o *panturquismo,* es decir, el desarrollo nacionalista del elemento turco dentro del Estado, en una línea con frecuencia chauvinista.

El *CUP* dio algún paso más, al suprimir la *Fraternidad árabe-otomana,* llevando paradójicamente hacia la clandestinidad a quienes hasta hacía poco eran camaradas. Entonces, el *Comité de Unión y Progreso* fue perdiendo su carácter plural, y fue visto como un grupo de jóvenes turcos, literalmente, que controlaban el Parlamento de todos, y que imponían la turquización en la educación y la administración. Esto era algo que provocó la repulsa sobre todo en los medios balcánicos y árabes, quienes tenían a gala recordar su participación cultural en el Imperio y se sentían orgullosos de su renacimiento literario e intelectual iniciado en el siglo XIX.

Lo que el antiguo régimen no había hecho, aunque el turco era la lengua oficial, lo hacían ahora estos jóvenes oficiales y diputados. El Estado pluriétnico, pluricultural, se modernizaba en una mala dirección, haciéndose internamente rígido y desequilibrado.

Daba la impresión de que ahora los *Jóvenes Turcos* trataban, simplemente, de tomar el poder, pero no de descentralizar el Estado. También es cierto que en ese mismo año de 1908 las provincias balcánicas iban quedando separadas del Imperio otomano: Bosnia y Herzegovina, aunque nomi-



Vendimia en la colonia de Rishón Letrión, una de las primeras fundadas por el sionismo judío en Palestina

nalmente seguían bajo soberanía otomana, habían sido anexionadas por Austria-Hungría.

Inmigración judía hacia territorios otomanos

Una de las cuestiones que crearon más desconfianza hacia la política de los *Jóvenes Turcos* en las provincias árabes fue su actitud final respecto a la inmigración de judíos —generalmente judíos rusos— a territorios otomanos. Hasta 1908 la relación entre musulmanes, judíos y cristianos, dentro del *Comité de Unión y Progreso,* había sido sumamente cordial, yendo más allá de la tolerancia y la convivencia ya existentes en el marco tradicional islámico otomano. Era conocida la participación de los judíos en las asociaciones secretas, junto a los miembros de otras religiones. Y en Salónica, donde la sublevación del *CUP* había comenzado, el abogado judío Emmanuel Karasu era un firme apoyo del movimiento de oposición, en cuya estructura estaba integrado a través de la logia por él fundada.

Hasta 1908 los judíos turcos habían estado en la línea general del *Comité de Unión y Progreso,* que era la misma que la del Sultán: poner restricciones a la inmigración de hebreos, especialmente en lo referente a Palestina, donde estaban autorizados a ir de visita o peregrinación, pero no a instalarse. Así, señala David Fromkin: *Como diputados del Parlamento, Karasu y los tres otros judíos se acomodaban a probar que eran, primero, turcos, y judíos sólo en segundo lugar. De hecho, apoyaron las medidas del CUP contra el asentamiento sionista en Palestina. Karasu, sin embargo, intentó conciliar los fines del sionismo con los del nacionalismo del CUP. Lowther —el embajador británico— lo explicaba y llevaba hacia otro terreno, pretendiendo que el nuevo objetivo del sionismo era crear una patria judía no en Palestina, sino en una parte de lo que ahora es Iraq.*

Las peticiones de Hertzl al Sultán, año tras año, para que se autorizase la emigración judía a Palestina pasaron por diversas fases. Habitualmente, la actitud oficial otomana era permitir cierto grado de inmigración, siempre y cuando los nuevos pobladores quedasen bajo la soberanía otomana. El Sultán autorizaba fácilmente la inmigración en general a cualquier territorio otomano menos a Palestina, pero precisamente era hacia Palestina a donde quería Herzl llevar-

la y concentrarla. La publicación de su obra *El Estado judío* (1896) ya había alertado sobre los objetivos de esta migración, y la creación del Fondo Judío (internacional), en 1901, destinado a la compra de tierras en Palestina, ya indicaba la fuerza con que la migración contaba.

Lo que el Sultán había tratado de controlar fue más fácilmente aceptado por los *Jóvenes Turcos* tras 1908. La emigración judía a Palestina era autorizada cada vez con menos dificultades. Pero la población local, a medida que fue conociendo las repercusiones de esa medida, se fue alzando contra ella.

Ese fue el caso de Nayib Azuri, un palestino cristiano, que había sido ayudante del gobernador de Jerusalén, entre 1898 y 1904, fecha en que renunció a su cargo para dedicarse a la lucha política en favor de Palestina. Desde París, Azuri fundó la *Liga de la Patria Arabe*, preparó un Congreso General Arabe (en 1905), y publicó, en francés, *El despertar de la Nación árabe*. En efecto, la población de los países árabes tenía que despertar ante los datos que se le ofrecían. Lo que había sido una inmigración de veinte sionistas, en 1886, se convertía entre 1905-1907 en miles de personas. Mientras palestinos, sirios, libaneses, tenían que emigrar hacia América, los judíos rusos y de otros países europeos se iban concentrando en Tierra Santa. Como señalaba el propio Azuri: *Por un lado —el de la población palestina— tensión, falta de organización, desconocimiento, miseria; por el otro —los inmigrantes judíos— unión, riqueza, centralismo, acción orientada con una sola idea, según un programa previamente trazado.*

En 1908 Azuri volvió a Palestina, para presentarse a las elecciones. Su actuación, dentro de una línea autonomista declarada, y a través de logias masónicas de distinta corriente que las originarias del CUP, iba en una línea de oposición tanto al turquismo como a la fraternidad árabe-otomana. No sólo fue alejado del Parlamento, sino condenado a muerte, por lo que emigró a Egipto.

Promesas durante la Primera Guerra Mundial

Su muerte se produjo en 1916, el mismo año en que el acuerdo *secreto* llamado *de Sykes-Picot* repartía la zona. En 1917, Balfour prometía una patria a los judíos (se entendía que también a los judíos no palestinos) en Palestina. El *acuerdo Sykes-Picot* no sólo era un pacto entre los representantes de la República francesa y la Monarquía imperial británica, sino que también estaba forjado por los representantes del Imperio ruso. Mientras, es ya sabido que la participación de las tropas árabes del Hiyaz (más el apoyo de muchos oficiales, soldados y población árabe del Maxrek) junto a los aliados durante la Primera Guerra Mundial, se debía a las expectativas de independencia árabe en la zona. Estas se apoyaban en promesas que se habían hecho al jerife Husayn de La Meca, así como a las organizaciones secretas árabes de la región siria e iraquí que colaboraron con los árabes del Hiyaz, a través del emir Faysal, hijo de Husayn.

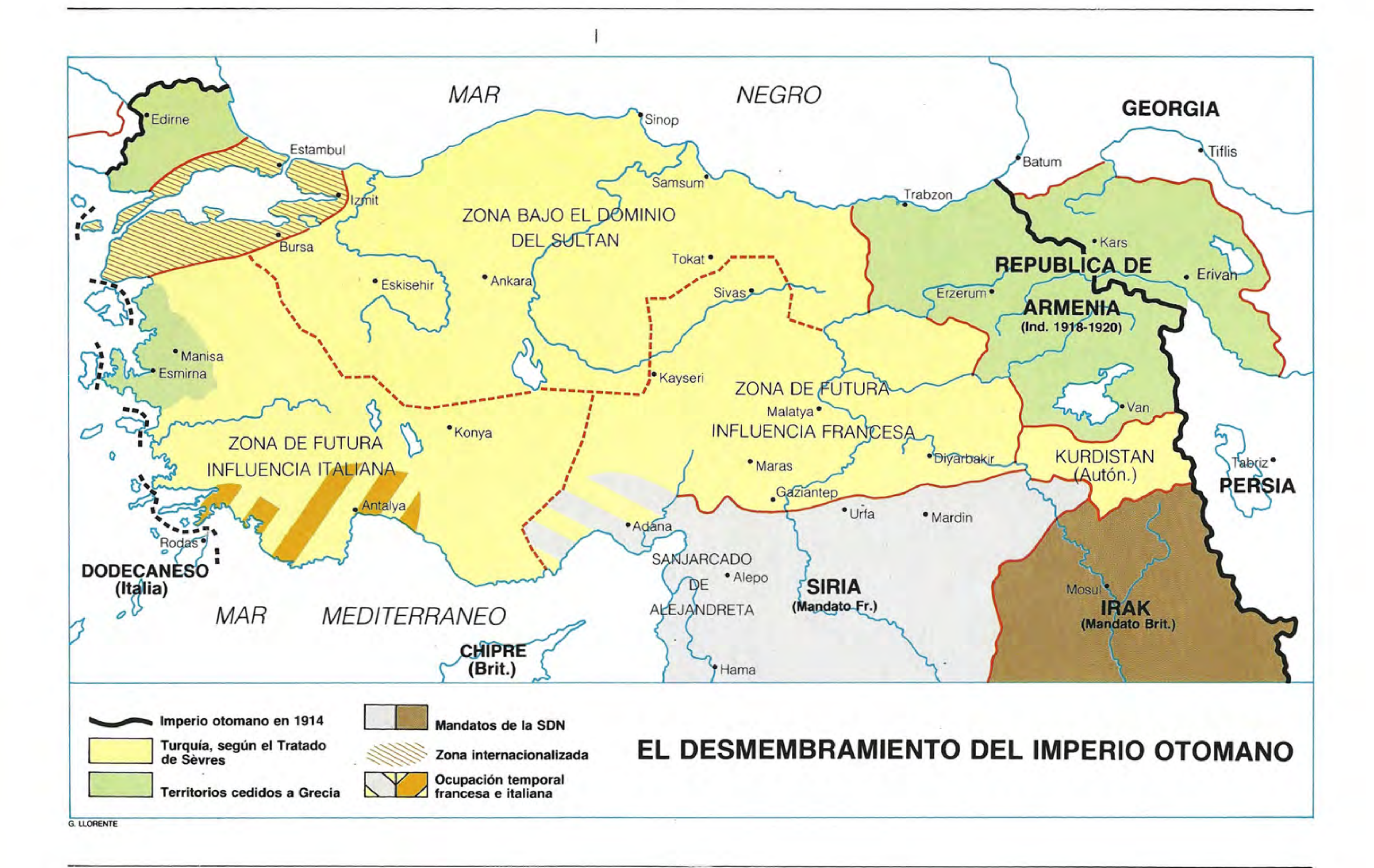
El resultado de la Primera Guerra Mundial fue, desde luego, la desaparición del Estado otomano. Parte de la historiografía turca, en los años inmediatamente posteriores al conflicto, hablaba de *traición* árabe, refi-

Hacia la nueva Turquía

El hecho es que para entonces los fundamentos del Imperio otomano se habían venido abajo, y su dilatada vida había terminado. Los dominios otomanos se habían roto en pedazos. Todo lo que quedaba era el solar patrio donde un puñado de turcos habían encontrado refugio. La última cuestión giraba en torno al reparto de este resto. El Imperio otomano, su independencia, el Sultán, el Califa, el Gobierno —todas esas palabras carecían de sentido—, no tenían ningún contenido real.

¿Quién y qué había que preservar, y con la ayuda de quiénes? ¿Cuál era la decisión correcta? Sólo había una decisión posible en esas circunstancias. Era crear un nuevo Estado turco, independiente sin condiciones, y basado en la soberanía nacional.

Esta fue la decisión que tomamos en cuenta incluso antes de dejar Estambul, y que empezamos a poner en efecto en cuanto pisamos suelo anatolio, en Samsún. (Memorias de Mustafá Kemal Atatürk.)



EL DESMEMBRAMIENTO DEL IMPERIO OTOMANO

riéndose a la revuelta encabezada por el Jerife y los independentistas. Estos, y la primera historiografía árabe del conflicto, cargaban las tintas contra los turcos, echando sobre ellos la responsabilidad de la penetración extranjera en sus territorios.

En realidad, unos y otros estaban al final de un proceso de desintegración, y sus esfuerzos por mantener lo salvable, y en ciertos casos conservar una cierta unidad, total o regional, se veían abocados al fracaso por la acción manifiesta o secreta de los países de política colonial, sin duda decididos a mantener su ruta hacia el petróleo del norte de Iraq.

El 27 de octubre de 1918, las delegaciones británica y otomana, reunidas en el puerto de Mudros, isla de Lemnos, firmaban el armisticio. Con él no se iniciaba la paz para los territorios el Imperio Otomano, ya que uno de términos de rendición consistía en que los vencedores quedaban autorizados a ocupar cuantos lugares estratégicos fuera preciso *si su seguridad* —la de los británicos y sus aliados— *era amenazada*.

Esta cesión encubierta de soberanía fue conocida muy poco a poco por los súbditos otomanos en el transcurso de los años 1918-1922. En realidad significaba el final del Imperio Otomano. Los años 1918-1923 fueron precisando cómo se dividía el Imperio, en una época en la que las guerras y levantamientos se sucedían dentro de sus territorios, como si las diferentes poblaciones supieran que en ello les iba su futuro inmediato. Este lo fueron fijando los acuerdos y tratados, entre otros, el *de Sèvres*, en 1920; el *Acuerdo de Ankara*, en octubre de 1921; la *Conferencia de París*, en marzo de 1922; el *armisticio de Mudanya*, de 11 de octubre de 1922; la *Conferencia de paz de Lausana*, también de 1922.

La Gran Guerra, para el Imperio otomano, había durado desde 1911 a 1922, desde que Italia había iniciado la conquista de Libia hasta la abolición del sultanato. Después, en un gesto tan simbólico como dramático, la Asamblea de la recién creada República de Turquía expulsaba de su territorio a la familia real otomana, el 3 de marzo de 1924. El nuevo Estado laico tomaba decisiones acerca del Califato islámico, y lo declaraba abolido. Así, el califa Abdülmecid Effendi (1868-1924), que no ostentaba el título de Sultán, terminó su vida lejos de la ciudad que había sido capital del Estado otomano y, desde el siglo XVI, sede del Califato... El señor Abdülmecid era un buen pintor, según recuerda Engin Cizgen en su sorprendente libro sobre la fotografía en el Imperio otomano. Murió en París, y fue enterrado en Medina. Las mujeres de palacio, acostumbradas a una vida protegida y sometida al protocolo, buscaron en las distintas capitales de lo que fue el Imperio, o también en Europa, un refugio.

La nueva Turquía kemalista

En 1908, *Jóvenes Turcos* habían contado

Mustafá Kemal Atatürk



En 1881 nació en Salónica, y pocos años después perdió a su padre. Tras los estudios de primaria, en su ciudad natal, hace la carrera militar en las Academias de Manastir y Estambul (1895-1905). Desde su puesto en el V Ejército, con sede en Damasco, funda la sociedad secreta *Patria y Libertad* (1906). Sus ascensos en el ejército le llevan a Salónica y al Estado Mayor en Estambul (1911). Intervino en la guerra contra los italianos, en Libia (1912) y en los Estrechos, en la inmediata guerra de los Balcanes, y en 1918 dirige el VII Ejército, en Palestina. En 1919 deja el Ejército. Su carrera política culmina con su nombramiento de presidente de la Gran Asamblea Nacional Turca, en 1920, en oposición al Gobierno de Estambul, que lo condena a muerte. De nuevo comandante en jefe, nombrado por la Asamblea, conduce victoriosamente las campañas militares. En 1923 se proclama la República y es elegido presidente. Con él, Ankara ocupa el puesto de la capital. En 1934 se aprueba la ley que le nombra *Atatürk* (Padre de los turcos). Muere el 10 de noviembre de 1938, y es considerado el fundador de la Turquía moderna, decidido reformista desde el poder.

con el apoyo germano para hacerse con el poder, comprometiéndose a mantener las alianzas ya establecidas con Alemania por la Sublime Puerta, como se llamaba a la capital y corte del Imperio. El Sultán seguía con máxima autoridad, aunque en realidad era el Parlamento el que decidía. Enver era, desde el 4 de enero de 1914, ministro de la guerra y, además, había emparentado con la familia otomana al casarse con una sobrina del Sultán.

Pero la derrota de Alemania y Turquía, y de otras potencias menores que lucharon en su mismo bando, era un hecho previsible en 1917-18. Los políticos turcos supieron entender los acontecimientos, confiando de nuevo (agosto de 1918) mando militar a Mustafá Kemal, un joven oficial que ya había advertido de la posibilidad de la derrota. Las alianzas dan un giro después de la revolución bolchevique, octubre de 1917, y el nuevo Estado que surge del Imperio Ruso asegura no tener aspiraciones coloniales, al tiempo que procura entenderse con las fuerzas nacionalistas turcas. Ese cambio es lo que permite a la derrotada Turquía sobrevivir al desastre bélico y superar la inminente amenaza de división en zonas de influencia extranjera. También es lo que le hace resistir en la zona del Estrecho, frente al ataque griego al suroeste de Anatolia en 1921, o pactar las fronteras del este, de modo que Armenia y Georgia queden en territorio soviético, y que por parte soviética no se insista en tomar más territorios de población armenia.

Los Jóvenes Turcos habían contado con el apoyo germano para hacerse con el poder, comprometiéndose a mantener las alianzas de la Sublime Puerta, capital del Imperio

Las aspiraciones independentistas y la lucha armada de los armenios, reprimidas violentamente por el ejército turco-otomano durante la Primera Guerra Mundial, con el resultado de matanzas de población civil, quedaban así violentamente truncadas. En Europa se presentaron a la opinión pública como conflictos entre musulmanes y cristianos, al igual que a mediados del siglo XIX se había distorsionado la interpretación de los enfrentamientos sociales entre drusos y cristianos libaneses o musulmanes y cristianos sirios, en choques, que habían acabado con muchas más víctimas entre los cristianos.

Al término de la guerra, Francia y Gran Bretaña se dividían el Maxrek. El sistema de *protección* se realizaba ahora a gran escala. Ambos Estados recibían el *mandato* de la Sociedad de Naciones de proteger y guiar a los países árabes del Maxrek, una vez liberados de las estructuras turco-otomanas, hacia la independencia. Francia era mandataria de la antigua región de Siria, a la que se le quitaban las zonas costeras del sur. Éstas, con el nombre de Palestina y de Transjordania, eran confiadas a Gran Bretaña, que también recibía el mandato acerca del Iraq. Entre Francia y Gran Bretaña había, sin embargo, un contencioso importante, referido a las zonas de Mosul y Kirkuk. Se resolvió, de momento, con acuerdos económicos sobre el tanto por ciento que la primera recibiría de la explotación del petróleo; según la paz de Versalles, sería el 25 por 100.

La intervención norteamericana en la guerra se dejó notar en el curso de los años siguientes. Los Estados Unidos no adoptaron la línea de reclamar protectorados, toda vez que se presentaban como campeones de las independencias nacionales. Tampoco se opusieron a los protectorados, que sabían que iban a causar más gastos y desgaste político a Francia e Inglaterra. Pero sí que actuaron de manera decidida en todo lo referente a concesiones de petróleo, apostando, además, por Ibn Saud, en Arabia, como futuro poder de la zona. Ibn Saud atacaba al exhausto Hiyaz en 1924 y se apoderaba de lo que había sido provincia otomana que había luchado con los aliados, por la independencia. Con él era con quien Estados Unidos tenía acuerdos acerca de la explotación del petróleo, mientras que Francia y Gran Bretaña los habían realizado con Faysal, hijo del Jerife. En tanto que el Jerife era desposeído de su autoridad, su hijo Faysal era trasladado, desde Siria (donde había sido aceptado como rey por la población en 1920) al Iraq (donde resultaba rey [1921] recibido, cuando menos, con indiferencia). Otro de los hijos del Jerife, el emir Abdallah, *recibía* la Transjordania (1921) en ese régimen protegido, aunque casi toda la región

había escapado, anteriormente, al control otomano. Palestina, en fin, se destinaba, en gran parte, a convertirse en tierra de colonización judía, de inmigrantes, bajo protección británica. La población palestina sería poco a poco privada de sus derechos políticos, económicos, culturales, y empujada hacia el interior de las tierras sirias o hacia el sur, buscando la protección del Egipto semiindependiente (desde 1919). Y Egipto, que durante siglos había sido una de las potencias otomanas, y luego había seguido un camino oscilante entre la autonomía y la dependencia de Europa, resultaba impotente para intervenir en Palestina. Lo mismo que había sucedido durante toda la guerra mundial, a Egipto se le mantuvo al margen de la contienda, utilizando el país como base para los británicos, pero anulando sus iniciativas propias en el terreno bélico y político.

El caso del sionismo en Palestina, y su proyecto de Estado, nos retrotrae a los más desastrosos ejemplos de intervencionismo confesional extranjero en el Imperio Otomano. Mientras varios países del Asia otomana avanzaban, con todo tipo de dificultades y condicionamientos, hacia sistemas sociales de pluralidad política, acordes con la tradición de pluralidad social, el proyecto sionista se anclaba en una mezcla de nacionalismo-colonialismo, de confesionalismo-exclusivismo de formulaciones racistas. Sus avances en el Próximo Oriente serían aún mayores que los de los sectores más atrasados o involucionistas de las sociedades turca y árabe.

En el golfo Pérsico —la zona de colisión más directa entre los intereses británicos y estadounidenses— se llegaba a un acuerdo entre ambas fuerzas y los gobernantes del Alto Golfo: en 1922 Ibn Saud, que ya había incorporado la zona costera de al-Ahsá (Lahsa, para la administración otomana), pacta fronteras con el emir de Kuwait, quien le había ayudado en su juventud. El pacto entre ambos es también la vía libre para el *protectorado* británico creado en Kuwait en 1913, y el reconocimiento del dominio de al-Ahsá, conquistado también en 1913 por Ibn Saud. Este se nombra rey, título en desuso en la península Arábiga desde el siglo VII. Sus pretensiones de ser reconocido como Califa fracasan, en cambio, de manera que el Califato queda como en suspenso hasta la actualidad.

Las divisiones territoriales del Estado otomano

Las divisiones territoriales del Imperio Otomano estaban basadas en criterios de carácter geográfico-administrativo, en los que influían también las divisiones históricas presentes en las diversas regiones. No eran divisiones raciales, ni lingüísticas, ni confesionales. Es esta una realidad que se debe tener muy en cuenta al estudiar su organización y los cambios que se introducen en la misma por la presión exterior: en el Líbano, en 1841, y en Palestina, desde la primera guerra mundial.

El sistema de *capitulaciones,* combinado con la extensión de la *protección* extranjera a las minorías, alteró la organización territorial del Imperio en algunos puntos, e introdujo un criterio confesional ajeno a sus tradiciones. No deja de ser paradójica la intro-

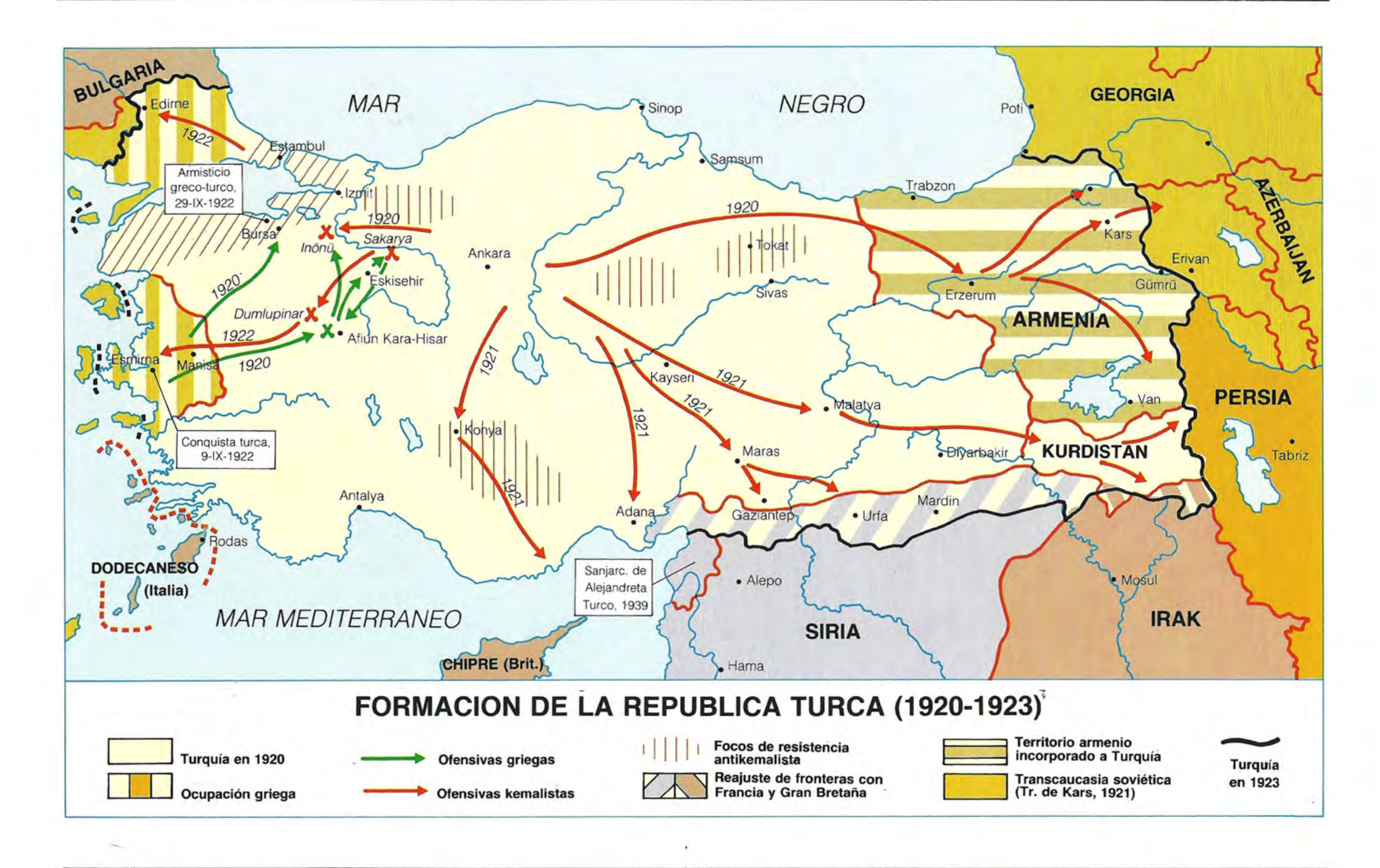
Memoriales en Palestina

Algunos de estos memoriales eran en protesta por la promesa Balfour, otros delegaban en los representantes de la ciudad para que asistiesen a las reuniones patrióticas en Jerusalén y en Damasco, y algunos, finalmente, eran más impresionantes y de más alcance.

Estos últimos, que recibían gran aceptación y firmas, se dirigían a la Comisión americana King-Crane (junio de 1919), exigiendo la independencia total, o un Mandato americano, si tenía que haber Mandato.

América tenía excelente reputación, ocupaba en el corazón de las gentes el sitio de Gran Bretaña, pero más grande y alto, y nadie dudaba en aceptar el Mandato americano, porque el pueblo americano es un pueblo democrático que apoya la libertad de los pueblos, y no acepta otra alternativa, sino la justicia y la equidad.

Esos eran nuestros sentimientos, esas nuestras ideas y pensamientos. (Memorias del líder nacionalista palestino Ahmad al-Shuqayri, Ed. 1973.)


BULGARIA
Edirne
1922
Estambul
MAR
NEGRO
Sinop
Samsum
Poti
GEORGIA
AZERBAIJAN
Trabzon
Armisticio greco-turco, 29-IX-1922
Izmit
1920
Sakarya
Inönü
Bursa
Ankara
Tokat
1920
Kars
Erivan
Gümrü
Erzerum
Eskisehir
Sivas
ARMENIA
1920
Dumlupinar
1922
Afiun Kara-Hisar
Esmirna
Manisa
1920
1921
Kayseri
1921
1921
1921
Malatya
Van
PERSIA
Konya
Maras
Diyarbakir
KURDISTAN
Tabriz
Conquista turca, 9-IX-1922
1921
Antalya
Adana
Gaziantep
Urfa
Mardin
Rodas
DODECANESO
(Italia)
Sanjarc. de Alejandreta Turco, 1939
Alepo
Mosul
MAR MEDITERRANEO
SIRIA
IRAK
CHIPRE (Brit.)
Hama
FORMACION DE LA REPUBLICA TURCA (1920-1923)
Turquía en 1920
Ocupación griega
Ofensivas griegas
Ofensivas kemalistas
Focos de resistencia antikemalista
Reajuste de fronteras con Francia y Gran Bretaña
Territorio armenio incorporado a Turquía
Transcaucasia soviética (Tr. de Kars, 1921)
Turquía en 1923

ducción del confesionalismo por parte de una Europa que mayoritariamente propugnaba, al mismo tiempo, un creciente laicismo para sus propios ciudadanos.

El Imperio Otomano estuvo primero dividido en dos grandes *Eyâlet:* la oriental correspondía a Anatolia; la occidental, era Rumelia, es decir, los territorios balcánicos. Esta división se mantuvo durante los siglos XIV y XV, al final de los cuales se añadió, en la parte oriental-meridional, la de Karamán.

A comienzos del siglo XVII, el vasto Imperio tenía 36 *Eyâlet,* de extensión diversa: nueve estaban en el continente europeo, cuatro en el norte de Africa (Egipto, Túnez, Argelia y la Tripolitania), dos en la Península Arábiga (Yemen y Lahsa), además de una *Eyâlet,* la de Habesh (Abisinia), que consistía en tres pequeñas zonas separadas, a ambos lados del Mar Rojo: dos en Africa, y una en el Hiyaz. En Anatolia hubo trece de estas grandes *Eyâlet,* algunas de las cuales colindaban con territorios del Imperio Ruso, en el Cáucaso, y otras con tierras fronterizas del Irán. Aquí, al norte de Mesopotamia, estaban Shehrizor (Kirkuk), y Mosul. Al sur de ambas, la extensa Bagdad. En las costas del Mediterráneo oriental, Sham, al sur; Trípoli de Sham, al norte de ella, y Alepo, que tenía una parte dentro de Anatolia.

A finales del siglo XIX las tres grandes provincias del norte de Africa se habían desgajado del Imperio: Argelia había sido ocupada por Francia en 1830; Túnez dependía de Francia desde 1881, y Egipto, pese a su historia nacionalista y de reformas a lo largo del siglo XIX, tenía que soportar la presencia y ocupación británicas desde 1882. Sus jedives o virreyes, que habían sido prácticamente independientes de la Corte otomana, habían perdido el control de la economía del país. En 1888 el futuro de Egipto simboliza el del Imperio en los años siguientes: el canal de Suez se internacionaliza, lo cual significa, de hecho, que el sur del Imperio Otomano queda expuesto al control extranjero.

A partir de esta fecha se precipita la división del Imperio ya sea mediante la ocupación de sus territorios por fuerzas extranjeras (Bengasi y Trípoli de Libia, en 1911-12, por Italia), ya por sublevación de algunas de sus provincias (guerra de los Balcanes, de 1912-13).

La expansión egipcia por el Sudán, en 1821, y en 1906 la de Abisinia (Etiopía) por parte de Italia, Francia y Gran Bretaña, habían sustraído al control otomano las costas africanas del mar Rojo, de gran valor estratégico. En el Yemen, los británicos habían obtenido una concesión-venta en Adén (1839), y se habían instalado en este puerto, vital para su ruta hacia la India.

Lo sucedido en Adén da una idea de la debilidad otomana y de las prácticas político-comerciales y bélicas de las potencias coloniales: tras aceptar en las autoridades locales unas competencias que en el Estado otomano tenían reconocidas, solicitaban concesiones comerciales directamente de ellas. A cambio, ofrecían su protección militar y diplomática. Aquí, el comercio británico, por ejemplo, era cuestión de Estado, y los comerciantes distaban mucho de ser meros individuos o grupos económicos. De esta forma se producen tratados árabo-británicos en las costas de la Península Arábiga: en 1820, el *Tratado general de paz,* entre los je-

El nacionalismo árabe

La proclamación de la Constitución otomana (1908) llegó como mecha para la explosión de todos los nacionalismos. La explosión árabe empezó por Siria, continuó hasta el principio de la Primera Guerra Mundial, y luego abarcó al Iraq, y especialmente al Neyef.

¿Por qué el Neyef, en concreto?

Porque Bagdad era el centro del Gobierno otomano, y un eslabón cultural, donde se concentraban las escuelas oficiales que llevaban a cabo la turquización... Frente a ello el Neyef, con sus escuelas religiosas, literarias e intelectuales, era como una fortaleza que mantenía la cultura árabe ante esta ofensiva de turquización (...).

En resumen, toda la ciudad, sus casas, sus escuelas, me parecía, con sus divergencias y contradicciones, como una sola escuela en la que la población eran estudiantes o maestros...

Y esta escuela invisible no era una fortaleza aislada de las demás culturas, por lo que pronto contactó el Neyef con el resurgir cultural proveniente de Siria. (Memorias del poeta iraquí M. M. al-Yawahiri, Ed. 1988.)

fes de la población del golfo Pérsico, y Gran Bretaña. Este tratado evoluciona, a través de otros hasta que, en 1892, se firmó el *Acuerdo Exclusivo*. Por él, los gobernantes de la zona se comprometían a no llegar a acuerdo alguno con ninguna potencia, salvo Gran Bretaña, ni vender, ceder, ni hipotecar el territorio o parte de él.

Las divisiones territoriales del Imperio Otomano estaban basadas en criterios de carácter geográfico y administrativo, no racial ni lingüístico ni confesional

La costa de Omán era otro lugar estratégico para la navegación hacia la India. El puerto de Mascate, como luego sucedió con el de Adén, estableció acuerdos directos con los británicos en 1796, y pocos años después, en 1800, éstos instalan el llamado *protectorado*. La población del Imanato de Omán se mantuvo hostil ante el protectorado del puerto y el Imán —título no asociado a régimen dinástico— estuvo enfrentado al Sultán de Mascate, a lo largo de todo el siglo XIX. Este territorio no había estado controlado por los otomanos, y basaba su potencia en el puerto de Mascate y zona próxima al mismo, que desde 1508 a 1650 estuvieron en poder de los portugueses.

Así, a lo largo del XIX, había cambiado el panorama al sur del Imperio otomano. A medida que las flotas extranjeras penetraban en los Estrechos, y que sus administradores iban controlando costas y puertos, el Imperio Otomano iba perdiendo uno de sus principales elementos de fuerza: una flota mediterránea capaz de imponerse en todos los territorios costeros que le pertenecían. La gran preocupación del Sultán empezó a ser el destino de las provincias del norte, amenazadas por la ambición rusa de controlar los Estrechos hacia el Mediterráneo. Sus provincias orientales, vecinas de Irán, y débiles en la zona del Golfo, eran la base principal del ejército de tierra otomano en el Maxrek.

La situación del Imperio Otomano era cada vez más difícil, y poco a poco se fue generalizando la opinión de que el Sultán y el Gobierno atenderían sobre todo a los problemas que directamente afectaban al norte, a Turquía, y que las demás provincias se dejarían, poco a poco, abandonadas a su suerte. Ya tuvieron esta sensación los notables de Palestina cuando entraron en sus territorios (1833-1840) las tropas egipcias de Ibrahim, cuya administración encontró muchos partidarios; luego, se fue generalizando cuando las tropas otomanas abandonaron Bengasi y Trípoli a los italianos, para acudir a los Balcanes en 1912. La población, sin embargo, podía llegar a pensar que el Imperio era fuerte porque había aumentado el control policial y porque los militares recorrían las provincias y su poder se imponía al de los señores y autoridades locales.

El caso del Líbano

La debilidad otomana tiene su mejor ejemplificación en el caso de la zona del Líbano. Este venía siendo dividido según se tratase de la zona de montaña o la zona costera, norte y sur, y siempre en relación con la situación de las demás zonas de la región siria *(Sham)*, pero en 1841 se introdujo una subdivisión de carácter confesional, desconocida hasta entonces en el Imperio. No es que fuesen desconocidas las divisiones dentro de cada *Eyâlet;* al contrario, la *Eyâlet* era una provincia imperial a la que se le reconocía un rango máximo dentro del Estado, y que se dividía en *Sanyaks*, regiones político-militares menores. También existía la *Kazá*, o región administrativo-jurídica, que podía coincidir o no con la división anterior. Y todavía existían divisiones menores.

Pero éstas se realizaban sobre bases territoriales, y los habitantes estaban adscritos a una provincia, con sus correspondientes circunscripciones, según su lugar de residencia. La adscripción comunitaria-religiosa se refería a unidades o divisiones internas, propias de las iglesias: Patriarcado, Rabinato... En el caso de los drusos y de los musulmanes, la autoridad religiosa reposaba sobre los Ulemas o Mollás, y existía una especie de gradación de las competencias religioso-administrativas, según su jurisdicción.

Es decir, aunque en un territorio se diera la coincidencia de que la población fuese

mayoritariamente de una confesión religiosa, la división administrativa, política, militar, judicial, se efectuaba sin referencia ninguna a esta confesionalidad.

Este principio se rompe en 1841, a instancias de las potencias extranjeras, tras los primeros enfrentamientos graves entre ciertos grupos de población drusa y maronita. Se establece una subdivisión militar-administrativa, una especie de doble Comandancia: una, para la *zona maronita* y otra, para la *zona drusa*. El fracaso de esta división fue patente, y en 1864 se reordenó el sistema de provincias, llamadas desde entonces *Vilâyet*, en todo el Imperio, restituyendo el sistema tradicional con nuevos cambios. Aparte de estos cambios en las divisiones de algunas provincias, se observa una disminución de la autoridad de ámbito local.

La Ley de reforma de 1864 ordenó con mucha precisión, nuevamente, los territorios y su sistema de administración. La antigua *Eyâlet*, cambiando o no de límites, se llamaba *Vilâyet* desde esa fecha. Su gobernador tenía como subordinados inmediatos al llamado *mutasarrif*, para la parte administrativa. Estos actuaban dentro de las subdivisiones de los *Sanyak*, aunque hubo alguna *Vilâyet*, o *Wilâya* que fue tratada, en conjunto, como unidad administrativa, y considerada *mutasarrifiyya*.

En conjunto, las divisiones, desde esa fecha, quedan como sigue:

Vilâyet (unidad mayor)

Sanyak o Liwá (dos términos que significan lo mismo)

Kazá

Nahiye

Karye

Esta división, en la que cada unidad territorial posee atribuciones de distinto rango y distribuidas en distintas autoridades, era más lógica y unívoca que la anterior, en la que el *Kazá* era judicial, y el *Sanyak* era militar, fundamentalmente. Cada uno de los escalones menores reproducía el superior, en el nuevo sistema.

El gobernador trabajaba con departamentos que reproducían los de la Corte. Stanford J. Shaw y Ezel Kural Shaw indican que los funcionarios de estos Departamentos eran nombrados desde Estambul. Además, existía una Asamblea Administrativa *(Idare Mechlisi)*, que parece tenía sobre todo función consultiva, y en la que, además del Gobernador y los Jefes de los Departamentos, había seis miembros, tres de ellos musulmanes y tres no musulmanes, elegidos libremente entre los habitantes.

Esta fue la fórmula de ordenación seguida, cuyo funcionamiento dependía de su lógica, por un lado, pero también del equilibrio que se consiguiera entre las aspiraciones de los miembros de los linajes tradicionalmente poderosos y de los merecimientos personales adquiridos por sus miembros y nuevas gentes externas a los linajes, así como de la relación entre el centro del Imperio y sus periferias. Se interpreta, en general, que el nuevo sistema era una toma de poder central, que podía nombrar a sus funcionarios como autoridades locales, pero no ya según las tradiciones y fuerzas políticas de cada lugar, sino según decisiones político-administrativas con nombramientos que podían recaer en militares o funcionarios

Las capitulaciones

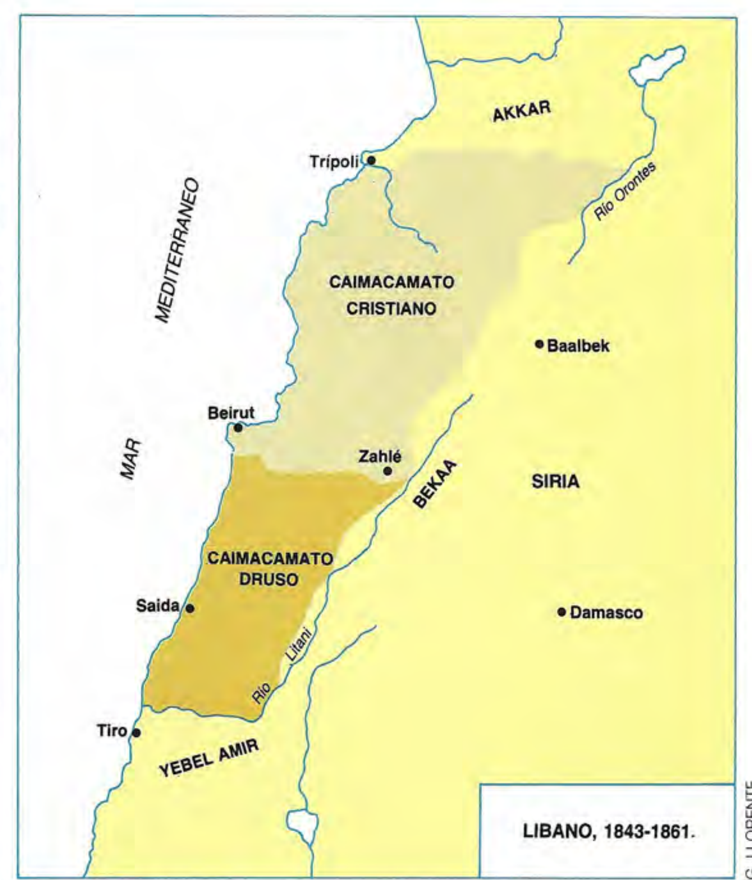
Los ingleses y franceses se esfuerzan desde hace cuarenta años por desplegar su influencia en estas tierras, han llevado al Líbano a su situación actual, y están intentando llevar a los demás territorios shamíes (= de la Región siria) a la misma situación a la que ha llegado la gente del Monte (Líbano). Los Estados les están observando atentamente: los americanos quieren proclamar su protectorado en el Yebel al-Nusayri, y abrir escuelas, y hacer que los habitantes locales acepten la protección americana, y los alemanes envían sus emigrantes a las costas de la «provincia» de Jerusalén, para instalarlos en los pueblos vecinos (...). Todos los gobiernos quieren tener mano en un trozo del territorio de Sham: los españoles han fundado una iglesia, y una escuela en la parte de Yafa, para obtener su parte en la colonización. Por eso los hijos de cristiano están divididos en partidos. Unos intentan adherirse a Inglaterra, otros buscan el favor de Francia, y los drusos intentan también fundar un Gobierno druso apoyándose en el Estado de Inglaterra. Pero los musulmanes están desconcertados ante estas situaciones y entre tales corrupciones. (Informe de Midhat Basha al Sultán, el 17 de marzo de 1879.)

cualificados, de capacitación e ideas *modernas*. Desde entonces es intensísima la lucha por crear funcionarios, políticos e intelectuales *modernos* en el Imperio otomano, adscritos a éste o, por el contrario, adscritos a las potencias extranjeras. Entre éstos y aquéllos se podían encontrar nacionalistas que buscaban el bien colectivo (entendiendo la colectividad como Imperio, o como una unidad territorial menor) y la independencia de sus conciudadanos, pero también había simples colaboracionistas, *comisionistas* de los capitales extranjeros, a costa del futuro de sus países y gentes.

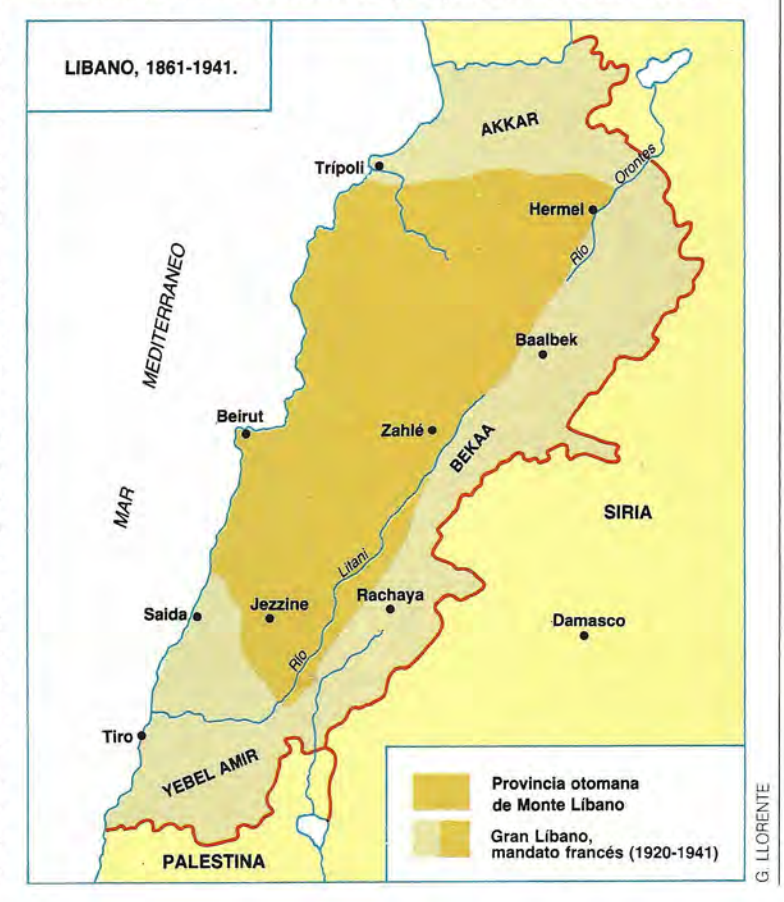
Los territorios del Asia otomana entre 1895 y 1923

Las divisiones territoriales existentes, en 1899, para Asia, eran las siguientes: 13 en Asia Menor, 1 en Estambul, a ambos lados del Bósforo, 2 en la Península Arábiga, y 8 en los territorios del Próximo Oriente (seguía habiendo provincias en los Balcanes —8—, y 2 en el Norte de Africa —Bengasi y Trípoli—).

Si se comparan los mapas de distribución provincial del Imperio otomano en Asia Menor, en esta época, con los del Imperio bizantino en sus tiempos de mayor expansión, se percibe una gran similitud entre ellos. Da la impresión de que, cuando pasan los avatares políticos, vuelven a reconocerse las unidades estructurales que, desde la Antigüedad, han presidido la ordenación de los grandes Estados. Sin embargo, el Imperio otomano no dio ese gran paso que hubiera sido reconocer las grandes *Eyâlet, Vilâyet,* o países que lo constituían. Mantenía, sí, las divisiones tradicionales, pero no osó confiar las grandes unidades —la Región si-



La debilidad otomana tiene su mejor ejemplo en el caso del Líbano





Mustafá Kemal, centro, acompañado de Rauf y Rekir Sani durante la celebración del Congreso de Sivas, 1919

ria, por ejemplo— a una autoridad, como pretendió el ministro Midhat Pachá. Indudablemente pensaba que ello abocaba, en las circunstancias del siglo XIX, a un posible desgajamiento y ulterior ocupación, como pasó con Egipto. Ambas cosas se producirían tras la Primera Guerra Mundial, introduciéndose un un factor distorsionador al crearse previsiones de Estado políticamente separados en territorios que, por su situación, eran interdependientes. Con el Imperio otomano las *Wilâyât* (término árabe original de *Vilâyet)* del Próximo Oriente (Maxrek) se interrelacionaban; tras la Primera Guerra Mundial, quedaron políticamente incomunicadas. La historia de la zona, inmediatamente posterior a estos acontecimientos, muestra la tendencia de los gobernantes y gentes más conscientes hacia grandes federaciones, y la resistencia de los responsables de planteamientos coloniales a aceptar vínculos de interrelación, procurando consolidar un confesionalismo o localismo cerrado y a veces intolerante.

En concreto, el panorama de las *Vilâyet* de Asia, en 1899, según las propias estadísticas otomanas (que son objeto de estudios cada vez más precisos) es:

— En Asia Menor: Izmid y Kastamnu (N-O); Biga, Hüdavendigâr, Ankara, Sivas (Centro-oeste); Aydin, Konya, Adana (S-O); Trabzon, Ersurum (N-E); Mamüretülaziz, Bitlis y Van (Centro-Este); Diyarbakir (S-E).

— En la *Vilâyet* de Adana está integrada la antigua *Eyâlet* de Chipre, sólo en la zona costera, pues la isla ha sido ocupada y administrada por Gran Bretaña en 1878, aunque el Sultán se reserva la soberanía, en fórmula tan inoperante como la que mantiene todavía unido Egipto al Imperio.

— En la zona occidental o mediterránea del Maxrek, las *Vilâyet* son 4: Alepo (con parte en Anatolia), Monte Líbano (al sur de la anterior, en la franja costera), Siria (paralela a Monte Líbano), Jerusalén (Kuds-i-Sherif).

— En la zona norte-centro del Maxrek: Zor, que corresponde aproximadamente a la antigua Urfa o Rakka.

— En la zona oriental del Maxrek: Mosul (al norte, englobando las antiguas de Mosul y Shehrizor (Kirkuk), Bagdad, y Basora (que abarca parte de lo que fue la antigua de Bagdad, más Lahsa).

— En la costa del Mar Rojo, la *Vilâyet* del Hiyaz y la del Yemen.

La primera guerra mundial originó algunos reajustes en las subdivisiones provincia-



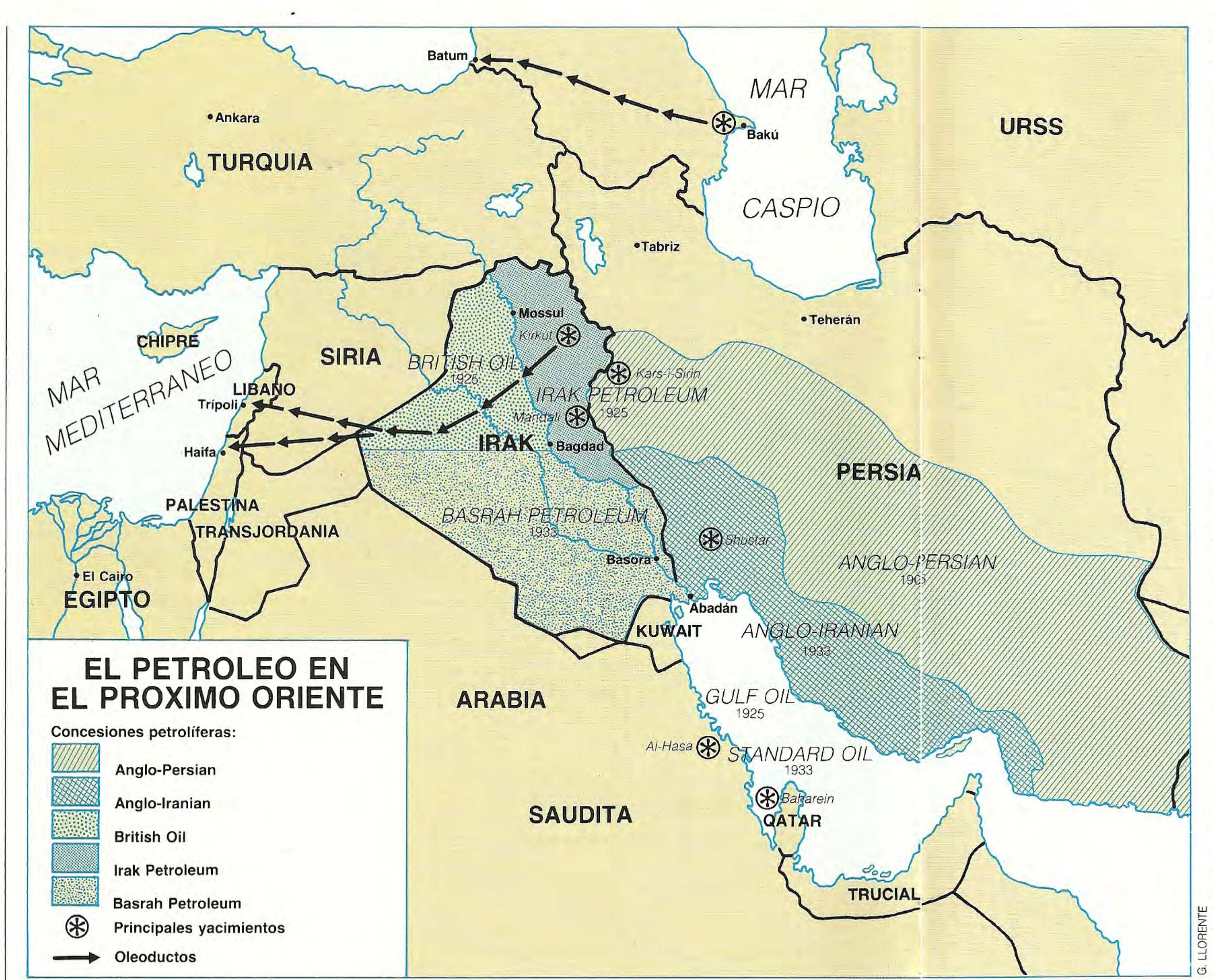
Mustafá Kemal con Fevci, en Esmirna, tras la recuperación de la ciudad por parte del ejército turco, 1922

les, es decir, en los *Sanyak-s* y *Kazás*, reajustes que se iniciaron en 1913. Afectaron, por ejemplo, al Líbano, pues la *Vilâyet* de Monte Líbano quedó entre una *Vilâyet* de Beirut, al norte y al sur.

La situación de la economía otomana en su etapa final

La publicación de las estadísticas oficiales otomanas, centrales y provinciales, nos permite hacernos una idea cada vez más precisa de cuál era realmente la situación económica del Imperio en sus últimos tiempos. Se confirma lo que sus pobladores libaneses y sirios sabían por experiencia propia cuando decidieron emigrar a América: que el Imperio estaba en bancarrota y su economía estaba en total involución. El historiador estadounidense McCarthy lo resume en breves líneas al comentar la situación en 1910-1911: *El Imperio Otomano estaba en la clásica posición de un país subdesarrollado, exportando mucho menos de lo que importaba, e importando grandes cantidades de bienes «acabados» y maquinaria avanzadas.* Si tomamos dos ejemplos muy elocuentes percibiremos mejor el grado de dependencia de la economía otomana: por una parte, se observa que el producto que más ingresos proporciona es el de los textiles manufacturados, por un valor de 614.192.524 *kurush* (piastras), lo cual responde a una larga tradición comercial y artesana a la que contribuyen prácticamente todas las provincias del Imperio desde hace siglos. Sin embargo, se ve que precisamente el producto que más se importa es también el textil manufacturado, por un valor de 1.566.716.762 *kurush*. En realidad se trata de productos industriales ingleses, muchas veces con diseño oriental, que invaden los mercados otomanos a precios muy bajos y en grandes cantidades. La falta de industrias textiles o de otro tipo es característica en gran parte del Imperio Otomano.

Otro ejemplo de las dificultades económicas por las que pasa el mundo otomano es lo que sucede con las especias. Estas, junto con el café, cacao y té, se importan por un valor de 126.088.141 *kurush*, mientras que sólo se exportan por valor de 25.273.335 *kurush*. Lo sucedido es claro: la ruta de las especias ya no une el Indico con el Próximo Oriente árabe, y luego Egipto o Anatolia. Esta ruta ha quedado interrumpida desde



que los ingleses han colonizado la India y transportan sus productos por mar en todas direcciones, fijando los precios desde la Banca de Londres.

Hay otro indicador que muestra la imprevisión otomana respecto al futuro y a posibles conflictos armados con el exterior: mientras se exportan los cereales de Anatolia a otros países, los comerciantes de Estambul importan trigo de los Balcanes, por una cantidad que dobla la de la exportación. La causa concreta es, entre otras, el mal estado de las comunicaciones en el interior del Imperio, lo cual impide realizar operaciones que exijan grandes recorridos terrestres, perdiendo así una de las grandes tradiciones comerciales internas y creando descompensaciones económicas cada vez más importantes entre los puertos y las zonas interiores.

Una mirada a los barrios elegantes de la Estambul decimonónica, aún sin electricidad (que llega en 1912), pero con una sólida arquitectura, lleva a pensar en las construcciones de las grandes capitales europeas de la época. Bancos, escuelas o liceos, hoteles, cámaras de comercio, y edificios residenciales y comerciales ofrecen la imagen de una corte próspera, como muestra el historiador turco Mustafá Cezar. A imagen suya, reducida, Salónica, Beirut, algunos barrios de El Cairo, muestran su cosmopolitismo multicolor, su bienestar y liberalismo, en contraste cada vez más perceptible con el mundo rural empobrecido. Entre unas y otras, las capitales prestigiosas, como la propia Damasco, Bagdad y Basora, Saná, y La Meca. Este rasgo de la metrópoli, y en menor medida de las demás capitales-puerto, vueltas de espaldas cada vez más a la situación del campo y de las zonas de desierto, y a las mismas ciudades del interior, es un claro indicador para la población del Estado Otomano de que el Imperio desatiende una de sus obligaciones principales: procurar el equilibrio social-económico. Esto, unido a la comprobación de que cada vez es más difícil recorrer por tierra las distancias que separan el interior de los puertos, y que en cambio éstos reciben constantes visitas de barcos y mercancías, aranceles y personas de todo el mundo, hace que la población otomana comience a vivir pendiente del exterior, cada vez más desconexa en su interior.

Con una situación económica como ésta, frente al gran comercio trasatlántico, al creciente poder de Inglaterra y los Estados Unidos, la industrialización, el desarrollo de las comunicaciones por ferrocarril en Europa y Norteamérica, el Imperio sólo podía contraponer su situación estratégica, un valor económico importante en el caso del Estrecho del Bósforo y los Dardanelos, así como en el de los territorios del Próximo Oriente, donde Alemania colaboraba en la creación de las líneas de ferrocarril norte-sur. A lo largo de la larga franja costera mediterráneo-arábiga se tendía un ferrocarril y se preparaba también el que uniría Turquía con la Mesopotamia, hasta el golfo Pérsico, en Basora... o Kuwait.

También eran de indudable importancia los puertos de Beirut, Yedda, Adén, Basora, entre otros, pero para mantenerlos bajo control había que realizar importantes gastos militares, ya que las autoridades locales tendían a establecer acuerdos bilaterales con las compañías extranjeras, y a evitar el pago de impuestos.

A esta situación se había llegado muy lentamente, en un proceso de gran amplitud y calado. *El inmenso Imperio turco, hasta finales del siglo XVIII, es también una de estas economías-mundo*, como también afirma Braudel. Pero el capitalismo financiero atlántico, con sus sedes en Amsterdam, luego en Londres, y finalmente en Nueva York, no permiten a los Estados pre-capitalistas mantenerse en su universo, sino que penetran en él y lo convierten en un mundo en involución.

El mal estado de las comunicaciones en el interior del Imperio creaba desigualdades económicas cada vez más importantes

En cierto sentido, el pago de la deuda otomana va a ser cobrado sobre sus territorios y gentes, aquéllos convertidos en lugares de tránsito para el comercio extranjero, y éstos reducidos a perpetuos compradores endeudados y transformados en mercado-mano de obra.

El descubrimiento del petróleo

La existencia de yacimientos de petróleo casi en la superficie en Mesopotamia es algo

sabido desde la Antigüedad, pues el negro líquido afloraba en muchos lugares. Y la capacidad de extraerlo de capas más profundas, en grandes cantidades, de almacenarlo, transportarlo, y servirse de él como fuente segura de energía, es algo característico de nuestro siglo. Pero ya a finales del XIX se había comenzado a explotar el petróleo en varios lugares del mundo, como en la zona rusa del Caspio.

En 1901 el Sha de Persia concedía a un ingeniero canadiense la concesión, por sesenta y seis años, de los yacimientos que pudiera explotar y la hizo extensible a *sus amigos.* En los años siguientes, los Servicios Secretos y el almirantazgo británico eran los dueños del 56 por 100 del petróleo iraní, y se han hecho recipiendiarios de la concesión (la Anglo-Persian).

Mientras el Estado Otomano estaba endeudado, las grandes potencias económicas y estatales —británica, estadounidense, holandesa y germana— estaban planificando la explotación del petróleo del Asia Menor, Mosul y Kirkuk. Con ello se preparaba, realmente, la guerra mundial. Eso, más que otra cosa, explica el gran interés por los ferrocarriles, ya que en 1900 la única potencia que poseía barcos-contenedores de petróleo era la norteamericana Standard Oil, de Rockefeller. Pero en la misma medida en que interesaba poseer y controlar líneas de ferrocarril, a cada potencia le interesaba impedir que los ferrocarriles fuesen monopolios de un solo Estado. Ya se había conseguido internacionalizar Suez en 1888; ahora se trataba de internacionalizar (es decir, sustraer a la soberanía local) los ferrocarriles, y de construir oleoductos.

Ya se había internacionalizado Suez en 1888. Ahora se trataba de internacionalizar los ferrocarriles y construir oleoductos

¿Un final abierto?

La población local otomana desconocía la importancia real de lo que se buscaba junto a las excavaciones arqueológicas...

El 1 de noviembre de 1922 la Asamblea Turca abolía el Sultanato, aunque tardó hasta el 3 de marzo de 1924 en proclamar la República Turca.

Los habitantes del Estado que en ese momento tomaba nueva forma y rumbo se podían sentir, en general, satisfechos de mantenerse sobre los territorios de la Península de Anatolia, con Estambul como capital, a ambas orillas del Bósforo. Empezaba una época de cambios que para la población turca simbolizaban la entrada en el mundo moderno: el Gobierno daba ordenanzas contra las vestimentas antiguas, prácticamente se abolían el velo y los turbantes y se implantaba el sombrero; se abandonaba la grafía árabe, sustituyéndola por una grafía latina adaptada. La alfabetización en turco se haría más fácil, y todos podrían tener acceso a las nuevas escuelas. Además, se autorizaba a los ciudadanos turcos a elegir apellido, abandonando, si querían, los apellidos antiguos. Sólo habría dos nombres reservados, en el futuro Atatürk *(padre de los turcos),* para Mustafá Kemal, y Demirel *(mano de hierro),* para el ministro de guerra.

Un futuro prometedor

Desde el punto de vista de la historia, la diplomacia, y el derecho internacional, ésta era sólo una parte, uno de los herederos del Estado otomano y su patrimonio. Otras partes del centro, en cambio, entraban en una etapa de profunda zozobra e inestabilidad: Líbano, Palestina, Transjordania, Siria, Iraq, se convertían en cinco proyectos de Estado moderno en los que interfería el proyecto expansionista de un *gran Israel* que fuese dominando la zona y sustituyendo a su población.

Sólo el avance posterior de los movimientos independentistas descolonizadores en la mayor parte del Tercer Mundo contribuyó luego al avance real de varios de los países árabes con cierta tradición liberal, socialmente plurales, culturalmente activísimos y con amplia experiencia política. Desde finales de los años sesenta, como en un ciclo secular, de nuevo se retrocede y se replantea el reparto del Asia... ex-otomana. Con el petróleo, el agua, las comunicaciones, la cultura, las bases militares, la adhesión, y la reforma... de nuevo.



Mustafá Kemal, comandante en jefe del ejército turco, presencia, junto a Ismet, un desfile de sus tropas

B I B L I O G R A F I A

Attar, N., *Historia de Siria en época moderna. El papel efectivo de los sultanes en época otomana (1516-1908)* (en árabe), Damasco, 1962.

Çizgen, E., *Photography in the Ottoman Empire. 1839-1919,* Estambul, Haset Kitabevi, A. S., 1987.

Fromkin, D., *A peace to end all peace,* Nueva York, Avon Books, 1990.

Inalcik, H., *Studies in Ottoman Social and Economic History,* Londres, Variorum Reprints, 1985.

Karpat, Kemal H. y otros, *The Ottoman State and its place in World History,* Leiden, Brill, 1974.

Khalidi, W., *Antes de la diáspora. Una historia de los palestinos a través de la fotografía.* Introducción y comentarios de —. Traducción de Esther Benítez. S. L., Eds. Revue d'Etudes Palestiniennes, 1987.

Midhat B., Ahd al-Wali, *La administración otomana en la provincia de Bagdad hasta final del Gobierno otomano. De 1869 a 1917* (en árabe), El Cairo, 1993.

Philips Price, M., *Historia de Turquía. Del Imperio a la República.* Versión de M. García Sanz, Barcelona, Editorial Surco, 1964.

Rabbath, E., *La formation historique du Liban politique et constitutionnel. Essai de synthèse,* Beirut, 1973.

Shaw, Stanfor J.; Shaw, Ezel K., *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey,* vol. II, Cambridge University Press, 1977.

UNESCO (Turkish National Comission for UNESCO), *Atatürk,* 1981.

CUIDA

e l

Ozono

